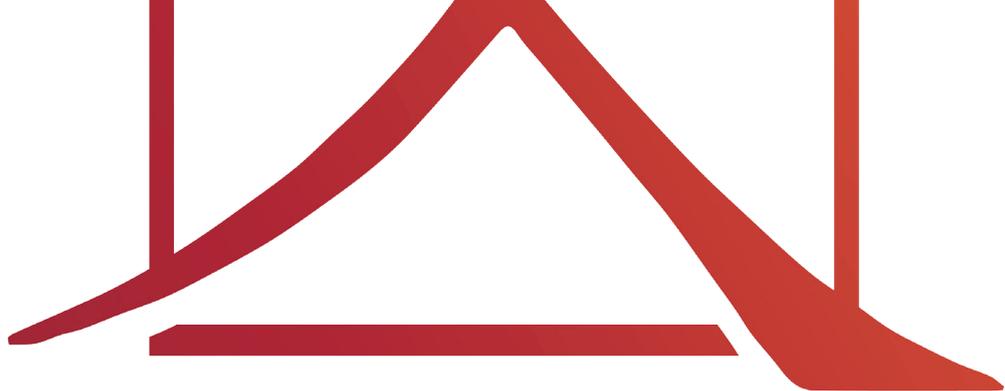


TAIKA  
EDITORIAL

# BATALLAS INTIMAS



MARYMARCE GALINDO



# BATALLAS ÍNTIMAS

Marymarce Galindo





©2024 MARYMARCE GALINDO

©2024 Taika Editorial S.A.S  
Calle 63C 21 24 Ap. 201  
Muequeta, Barrios Unidos  
Bogotá, Colombia, 111221  
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, OCTUBRE 2024

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Jazmín Bautista  
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA

©Alejandro Harper  
©Adriana Chávez Tejada

ILUSTRACIONES

©Adriana Chávez Tejada

ISBN DE LA OBRA

978-628-96273-4-3

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA

Y cuando, después de la batalla, Filippo estaba inspeccionando a los muertos, y se detuvo en el lugar donde yacían los trescientos, allí donde se habían enfrentado a las largas lanzas de su falange con sus armaduras, se habían mezclado los cuerpos de unos con otros, se asombró al darse cuenta de que se trataba del batallón de amantes y amados, rompió a llorar y dijo: «Que mueran miserablemente los que piensen que estos hombres hicieron o sufrieron algo vergonzoso».

PLUTARCO DE QUERONEA

## [ ARENA Y ÉBANO ]

**LA** batalla ha terminado con el grito de victoria de los suyos. El guerrero camina bajo el sol incandescente del medio día dejando profundas huellas de sus pies cansados sobre la blanda arena de las dunas. Aspira el aire impregnado de sangre y, mientras se acerca a las derrotadas filas enemigas, espera no encontrar aquel rostro amado entre los muertos. Se detiene a preparar su corazón para que cumpla la triste tarea que se ha impuesto y deja de escuchar las voces que lo proclaman como el mejor *medjay*<sup>1</sup> de Nubia.

—¡Jabari! ¡Jabari! ¡Jabari!

Deja atrás a un caballo moribundo y sus ojos se posan en el primer cuerpo. Recuerda con cariño aquella mirada de sol, el mentón firme y la marca en forma de ave que tenía en el cuello. Su alma se cubre de coraje para voltear los restos que todavía están tibios, eso le facilitará reconocer si ese joven es Hanasi.

Observa con respeto los rasgos del soldado y nota que es un simple infante: no más de veinte años, una profunda cicatriz en

---

1 Guerreros de Nubia que, en sus inicios, se enfrentaron a los gobernantes del Antiguo Egipto. Con el tiempo, se volvieron mercenarios que lucharon a favor de los faraones.

el hombro y el rictus que dejó el dolor en su rostro. Acomoda la cabeza del fallecido sobre la arena, limpia la sangre aún rebosante de la boca y cierra los ojos que carecen de brillo. Entonces, Jabari dirige la mirada a lo lejos.

Sus pupilas se pierden en el horizonte mientras sus resecos labios elevan un pedido a los dioses de aquella tierra desértica y ensangrentada para que guíen el alma del joven al que mataron las espadas, las flechas y las lanzas de sus compañeros. Su sereno rostro no revela la pena que siente por el enemigo. Tampoco muestra la intensa satisfacción de saber que ese muchacho no es aquel a quien siempre ha buscado entre los soldados yertos.

Cuando termina su oración, estira los brazos del hombre muerto a los costados y le envuelve la cabeza con un paño en el que deja una marca de carbón para que los saqueadores reconozcan su huella y tengan respeto por el cadáver. En pocos minutos, termina con el primer cuerpo. No todos los caídos gozarán de ese privilegio. El ritual que Jabari practica al finalizar las batallas solo lo reciben los soldados que no han llegado a los treinta años.

Con gritos ufanos, Sudi, su pequeño aprendiz, interrumpe su solemne concentración y llega a él con la última novedad. Intenta calmar el aliento, seca el sudor de su frente con el brazo y, cuando la garganta se lo permite, comenta:

—Hay tres más... por aquel... árbol. —El adolescente rasca los ensortijados mechones de su pelo.

—Bien. —Jabari observa la dirección que señala Sudi, comprueba que no está lejos de su posición y le deja una bolsa de cuero—. Toma un poco de agua y déjame solo.

Acabar con un centenar de guerreros con su espada y sus flechas fue un trabajo agotador, y los pocos ánimos que le quedan los emplea en su labor más penosa: buscar a Hanasi en el siguiente cuerpo. Vuelve a su andar perezoso, y todo parece seguir el rutinario compás de las últimas batallas hasta que el silbido agudo de dos flechas rompe la paz de la cálida tarde.

Decenas de saetas siguen a las primeras y persiguen a Jabari sin darle oportunidad de buscar un refugio en la arena o entre

los muertos. Solo sus ágiles movimientos le permiten esquivar los bravos filos mientras intenta llegar al retorcido árbol que algún dios dejó olvidado en el arenal.

Al intentar salvar su vida, una idea cruza su mente: piensa en Sudi, en su situación, y eso lo distrae; sin darse cuenta, aminora la velocidad y voltea la ansiosa mirada en dirección al adolescente. Allí está él, escondido bajo el cuerpo que acababa de envolver. Jabari agradece a sus dioses por el precario escondite y les pide que lo cuiden, Sudi es demasiado joven para morir.

Las flechas siguen su trayectoria. No conocen de misericordia, de momentos de oración, de instantes reflexivos. Ellas buscan herir o matar, no hay otro código en su imparable vuelo.

El guerrero nubio recupera la velocidad en el último tramo que lo lleva hacia el árbol y, con el rabillo del ojo, distingue a lo lejos tres carros que corren en su dirección. Rezagados guerreros egipcios, borrachos de coraje, se lanzan para destruir a los nubios con las últimas flechas de sus aljabas<sup>2</sup>. Saben que emprenderán el viaje eterno y esperan que sus almas sean ligeras cuando estén sobre la balanza de los dioses.

Jabari alista su espada, piensa en usar uno de los escudos que están tirados en el arenal; tal vez pueda alcanzar aquella hacha que se clavó en el cráneo de un guerrero; quizá, si encuentra flechas entre los muertos, pueda llenar su carcaj<sup>3</sup> y emplear su firme arco. Su veloz carrera casi termina: observa que, a lo lejos, dos docenas de caballos se aproximan al galope y, sobre ellos, el mismo número de guerreros nubios agitan sus armas y gritan feroces el clásico ulular *medjay* en un intento por espantar al enemigo. Jabari sonrío viendo que sus hermanos de batalla cabalgan para socorrerlo, solo tendrá que resistir unos instantes el bravo ataque enemigo.

Cuando el enorme moreno está por alcanzar su objetivo, la mano de un arquero egipcio lanza su última saeta casi sin inten-

---

2 Caja o cilindro de piel, madera o tela usada por los arqueros para transportar las flechas, saetas, dardos o jabalinas.

3 Sinónimo de aljaba.

ción. Sus ojos jamás tuvieron a Jabari como objetivo; sin embargo, la flecha cruza la distancia entre los carros y el sicomoro<sup>4</sup> hasta encontrar la amplia espalda del portentoso nubio y abrir su carne, romper sus nervaduras, quebrar sus huesos e incrustarse en el pulmón con la misma vehemencia que tienen las hienas cuando hincan los dientes en el cuerpo de un león solitario.

Jabari se paraliza en el instante en que siente la picazón de aquel artefacto maldito. Con la calma que lo caracteriza, camina hasta el sicomoro, aprieta los brazos a los costados para avivar su fuerza y aspira el aroma de las hojas frescas en un intento de aminorar el dolor.

Durante la última década, su vida fue una batalla continua. Mientras conquistaba la gloria y se hacía de un reconocido nombre, varias flechas se clavaron en sus firmes músculos, filos de espadas abrieron brechas en su piel y hasta una lanza se clavó en su costado. Armas que dejaron cicatrices, pero jamás quebraron su voluntad. Mas esta flecha está clavada en medio de su espalda, un lugar imposible de alcanzar. El guerrero decide esperar a que pase el ataque y que sus compañeros, quienes cabalgan veloces en su dirección, detengan a los soldados egipcios que siguen lanzando despiadadas flechas contra Sudi y contra los guerreros nubios que buscaban armas y tesoros entre las pertenencias de los muertos.

Jabari recupera el aliento y camina a tientas un tramo más. Le es imposible detener el cansancio, la abulia y el dolor. Sus rígidas piernas lo llevan a la sombra de aquel árbol solitario y decide detener en él su andar. Busca el abrigo de sus ramas extendidas y se tiende sobre la tibia arena.

Sus agotadas pupilas contemplan las formas que el ardiente calor distorsiona. Los *medjay* están cerca de los agresores egipcios y estos muy cerca de Sudi. Jabari quiere protegerlo, pero su cuerpo no le responde y sus pesados párpados le cubren sus ojos negros. El estruendo de la batalla se aplaca cuando su desfalle-

---

4 Árbol de la familia de las moráceas que es una higuera del antiguo Egipto. Se usaba para hacer las cajas donde se depositaban a las momias.

ciente mirada viaja veloz hacia una madrugada de amor a orillas del caudaloso Nilo. Por unos segundos, Jabari encuentra en sus recuerdos el motivo de su lucha, de su búsqueda incesante y de su incansable esperanza.

Muy joven, Jabari miraba con regocijo las formas anguladas de los hombros que sujetaban su cuerpo como los pilares que aún sostienen los inmensos templos egipcios. En la espalda recia, el sudor se transformaba en gotas de rocío que se deslizaban siguiendo los caminos sinuosos de esa piel de arena.

Hanasi tenía el cuerpo ligero, con músculos firmes y delgados que le permitían correr detrás de las presas como lo hacen los guepardos en las grandes llanuras del oeste. Su risa era clara como el canto del río en épocas de estío y sus pensamientos lo asemejaban a un ave que quería volar a lugares desconocidos.

Bajo el amparo de las frondosas ramas de un sicomoro inclinado, que parecía deseoso de observarse en el río, Jabari sostenía las caderas de Hanasi y se impulsaba con vehemencia dentro de su caliente cuerpo en busca de aquel breve instante de delirio en el que los espasmos se convierten en estallidos de estrellas.

Los suaves gemidos de su compañero y sus poderosos bramidos se unían a las voces de halcones, aves, chacales, babuinos, leones y cocodrilos que saludaban el nuevo día. Jabari y Hanasi parecían dos hermosas bestias, con cuerpos de hombre, guiadas por la lujuria, ahogadas en los remolinos de sus deseos y embarradas por la húmeda tierra de las orillas negras del río.

En el preciso instante en que el sol despuntaba por entre las lejanas montañas y bañaba con oro desiertos y valles, Jabari y Hanasi formaban un lascivo revoltijo de músculos tensos, alientos potentes y falos erectos. Lograban alcanzar la cima del placer infinito y expulsaban la simiente que se unía a la espuma del río, tal como el dios Atum<sup>5</sup> lo hizo para crear el universo.

---

5 Dios solar creador que, según la mitología egipcia, se creó a sí mismo y luego, a través de la masturbación, creó a los dioses y al universo.

En solo un segundo, el joven egipcio de sonrisa fresca y el cazador nubio con ojos de musgo se diluyeron lentamente sobre el tronco y dejaron que sus cuerpos encontrasen descanso en el húmedo limo<sup>6</sup>.

Un último y sostenido suspiro que Hanasi soltó al cielo llamó la atención de su compañero. Con algo de modorra, Jabari acarició el rostro de su amado, atrapó un par de gotas de sudor y las restregó entre las yemas de los dedos que llevó a su nariz para aspirar ese aroma que lo excitaba.

Hanasi estiró las piernas y juntó sus pies fríos y llenos de arena con los de Jabari. Era un juego divertido. Adoraba sentir las asperezas del desierto sobre su piel y aún más las de la fértil tierra del Nilo.

Excitado con el cosquilleo, Jabari se incorporó y, con la habilidad de las serpientes, arrastró el cuerpo de Hanasi hacia los delgados juncos de la orilla, donde lo aprisionó entre los musculosos anillos de sus brazos hasta hacerlo sucumbir sobre su amplio pecho. Escuchó sus quejidos con una sonrisa y observó aquella pequeña marca que su amante llevaba en el cuello, semejante a un halcón que abría las alas y planeaba sobre el desierto.

—Oye, ¿qué harás cuando el río crezca? —Jabari reposó su mano en la espalda de Hanasi y, paciente, esperó su respuesta.

—Lo que siempre hago con mi familia —dijo el otro con cierto desagrado—. Regresaremos a Egipto y creo que iremos hasta el Delta. Eso dijo mi padre.

—¿Eso está muy lejos? —Jabari sintió que una anticipada nostalgia cavaba un pequeño agujero en lo profundo de su pecho.

—Creo que sí. —Hanasi no dejó de apretar sus labios contra el tibio pectoral de ébano mientras respondía—. Tal vez tardemos algunos meses en volver, pero, luego de este viaje, podré decidir mi destino.

---

6 Sedimento transportado por los ríos y vientos que se deposita en el lecho de los cursos de agua y terrenos inundados. Forman los suelos limosos de color muy oscuro, grumoso y compacto, ideales para la agricultura.

Emocionado, el jovencito se aferró a Jabari, dejó su mejilla sobre la agradable piel del moreno y cerró los ojos imaginando aquello que venía soñando desde la última crecida del Nilo.

—Mi padre quiere que sea guerrero —comentó el nubio sin entusiasmo y dejó que su amado acomodase la pelvis sobre sus muslos—. No quiere que me dedique al comercio, dice que traer mercancía de un lado y venderla en el otro es una vida sin sentido.

—Mi padre, en cambio, quiere que algún día dirija la caravana y pueda superar el número de carros, caballos y camellos que él tiene. —Hanasi sentía que el latido de Jabari le hablaba al oído y lo amó más que hacía unos segundos.

—A mí me gustaría ser comerciante como tu padre y poder viajar lejos para conocer Egipto y sus grandes ciudades. —Jabari cerró los ojos y formó imágenes en su mente con cada palabra pronunciada—. ¿Qué quieres hacer tú?

—Yo quisiera ser soldado. Los militares de Egipto conocen muchos lugares y, cuando ganan batallas, el faraón les entrega tierras y ganado para una vida sencilla. —Hanasi rodó a un costado y buscó abrigo en la cavidad que formó el nubio con sus brazos.

—Pero un soldado podría morir en la guerra. En cambio, si somos comerciantes, podríamos ir por todo el mundo. —Para un muchacho nacido de humildes padres cazadores, convertirse en un comerciante significaba llegar al cielo.

—Es difícil arrastrar las mercaderías, los carros, los camellos, los mulos y la gente. —El joven egipcio jugaba con sus dedos sobre el enervado pezón—. Es más interesante tener una lanza, una espada curva, un escudo y luchar contra muchos enemigos.

Hanasi quedó en silencio, Jabari imaginó la guerra. El primero sentía que era deber de todo egipcio servir al faraón en el ejército. El segundo sabía que cada batalla solo dejaba dolor en los ojos de las mujeres, los niños y los ancianos que perdían a sus hombres más queridos.

—¿No quieres ser un guerrero conmigo? —Hanasi lanzó su propuesta—. Después de unas cuantas batallas, podríamos conocer las grandes ciudades que hay en otros reinos.

—Yo quisiera un día construir una gran casa y tener muchos sirvientes. —A veces, Jabari servía en las casas de comerciantes como el padre de Hanasi y miraba desde fuera las comodidades y lujos de esas residencias. Anhelaba tener una para que sus padres y sus hermanos vivieran felices.

—Primero seríamos guerreros, luego el dinero y los tesoros que reparten entre las tropas llenarían nuestros bolsillos y al final haríamos el gran viaje por el mundo.

—Entonces seremos guerreros del faraón y, cuando seamos mayores, construiremos una casa donde podamos tener jardines, pozas y sirvientes. —Los oscuros ojos de Jabari se iluminaron con aquel sueño. Tenía la vida entera para hacerlo realidad.

Un repentino silencio se extendió entre las ramas, la arena negra y el aire fresco del amanecer. Hanasi estiró los brazos como queriendo alcanzar el cielo y Jabari cerró los ojos. Mientras el chiquillo egipcio soñaba con ser reconocido como el mejor soldado del faraón, el muchachito nubio disfrutaba de todos los aromas que provenían del cuerpo de su compañero. Aroma a río en el cabello, a sudor empapado de flores en los hombros y a juncos verduzcos por la cintura. El aliento de dátiles que tanto le gustaba comer, el fresco perfume de lotos que salía de su vientre y el almizclado aroma de su sexo que lo ponía duro otra vez.

Las amplias aletas de la nariz de Jabari se expandían y contraían mientras juntaba en el interior todos esos aromas para encontrar uno en particular que no fuera el de las flores ni el de los juncos ni el de la tierra ni el de los árboles, tampoco el del río. Un aroma a felicidad y a sueños venideros, un perfume que solo poseía el cuerpo de Hanasi y que solo el olfato entrenado de Jabari podía percibir. Las viejas hechiceras dirían que era el aroma del amor que entre los dos creaban, modificando sus sudores, sus perfumes externos, sus fluidos y hasta sus salivas. Un aroma que Jabari amaba con delirio.

—Oye. —Hanasi empujó el cuerpo del otro al ver sus párpados cerrados y sonrió con picardía—. No te duermas, mira que otra vez la tengo tiesa.

—No estoy durmiendo. —Jabari sintió que su pecho se colmaba de deseos cuando sus ojos se encontraron con los destellos dorados en los iris de su compañero—. Te estoy oliendo.

—Debo oler a animal. —Hanasi lanzó una carcajada y se estiró sobre el cuerpo del cazador.

—Hueles a ti... —Jabari comprendió el desconcierto de su amante y, sonriendo, aclaró—: Hueles a amanecer bajo un sicomoro.

Antes de que los lotos del río se abrieran a la luz del día, antes de que los ojos curiosos invadieran sus espacios favoritos y que las lenguas del pueblo preguntaran por ellos, Jabari y Hanasi unieron sus cuerpos y sus duros falos. El egipcio entregó el alma, el nubio el corazón, y, con la fuerza lasciva que corría en sus venas, crearon aromas nuevos que la brisa llevó hasta el desierto.

Una vez más, Jabari entró en el cuerpo de Hanasi y aspiró su aroma a lotos de los estanques de Edfu, a amaneceres luminosos y a alegría sin límites. Su esencia corrió por sus poros con más intensidad que las frías aguas del Nilo y le produjo remolinos en el estómago. Con el ardor del verano, gemidos placenteros y movimientos serpentinos, se unieron al paisaje mostrando la impudicia de su desnudez; fueron como las dunas del desierto y la oscura ribera del Nilo, fundidos en un abrazo lujurioso como limo y arena.

Entre las frescas gotas que llegaron desde el río, la calma retornó a sus extasiados cuerpos y otra vez Hanasi se convirtió en el altivo guepardo que recorría las praderas. Su aroma a ternura refrescó con las caricias que dejó sobre el gran mentón de Jabari, quien olía a leños tallados y que obligó a Hanasi a apretar sus brazos sobre la cintura morena tal como lianas que cuelgan de los ramajes.

La tibia mirada de Jabari lo abrigó bajo el cielo amanecido y no encontró palabras de amor para decir aquello que los unía desde que tenía recuerdo. Los amigos de la infancia eran los amantes de ese entonces. Las bestias de las dunas, de los bosques y los ríos les enseñaron a verse con ojos anhelantes, a afirmar con sus bocas, con sus manos y con su piel la alegría de estar vivos.

Durmieron un par de horas y despertaron con el canto de un ave picuda que buscaba peces en el río, bajaron a prisa para

bañarse en la poza que formaba uno de los meandros del Nilo y, llevando en los hombros las presas que cazaron la noche anterior, se despidieron de su lugar clandestino.

Ese sería su último encuentro. Tres meses después de que Hanasi le dijera «Volveré con la siguiente crecida, seremos soldados y viajaremos por el mundo», la guerra aplastó los sueños, confinó en el temor constante a los pueblos fronterizos y convirtió a los príncipes de Nubia y al faraón de Egipto en fieros enemigos.

Lo último que Jabari supo sobre Hanasi fue que su padre murió en una reyerta con unos soldados ebrios y que él se enlistó en el ejército dejando los carros, los camellos, los caballos y la reputación de comerciante próspero a su tío.

Sin más opciones que luchar o morir, un año después de la partida de Hanasi, Jabari se presentó ante los líderes *medjay*, poderosos guerreros que tenían sus cuarteles secretos cerca de la segunda catarata del Nilo. El hábil cazador llegó con el propósito de defender lo poco que tenía su familia y no permitir que sus hermanos y hermanas se convirtieran en esclavos de los señores egipcios.

Sus primeras hazañas las escribió junto con su lanza, la cual se convirtió en una extensión de sus brazos y de sus deseos. Con ella, cegó la vida de muchos exploradores que el faraón enviaba y derribó los carros de los oficiales más preparados del ejército contrario.

Pero un joven tan hábil y fuerte como él no podía desperdiciar sus talentos siendo un simple lancero. El jefe de los *medjay* se encargó de enseñarle los secretos de las espadas, las cimitarras, los arcos, las flechas y las hachas. Lo formó a su imagen porque vio el potencial que tenía para ser un gran guerrero.

En pocos años, Jabari pasó a ser uno de los hombres más resistentes y veloces que tenían las filas de los míticos guerreros de Nubia. Mataba sin siquiera parpadear y dejaba tras de sí decenas de hombres mutilados que sus compañeros remataban con enormes combas.

Pero un día, cuando los exhaustos cuerpos de soldados y oficiales buscaban refugio ante los potentes rayos del sol de mediodía, un veloz carro jalado por dos caballos se aproximó a las filas de sus compañeros. Sobre él, un curtido oficial apuntaba sus fle-

chas contra los oscuros cuerpos nubios y un jovencito manejaba las riendas con gran habilidad.

Cuando los guerreros creyeron ver la muerte en forma de puntas de hierro inyectadas en sus cuerpos, un poderoso Jabari salió de la arena, atravesó con una lanza larga el cuerpo del arquero y derribó caballos y carro con solo la fuerza de sus fornidos brazos. El resultado era de esperarse: el oficial no tardó en entregar su sangre al desierto y su vida a los dioses, los espantados caballos corrieron sin rumbo y el jovencito que los manejaba quedó aplastado bajo la armazón del vehículo.

Jabari lo miró, solo fue un segundo en el que sus pupilas distinguieron el rostro de aquel egipcio núbil: ojos de miel, piel tostada, perfil recto, músculos de cazador. El súbito temor se abrió paso en el corazón del joven nubio, le cortó la respiración y lo obligó a soltar la espada con la que quiso rematar al soldado.

El muchacho respiraba con dificultad, tenía un ligero hilo de sangre escurriendo por la boca y trataba en vano de proteger su cuerpo. Al mirar a Jabari, sus ojos se cerraron como si no quisiera ver su momento final; la voz no le alcanzaba para suplicar por su vida y sus brazos temblorosos dejaron de lidiar con el filo del carro que se había incrustado entre sus costillas.

Las enormes manos de Jabari sostuvieron al muchacho, limpiaron la arena y el sudor de sus mejillas, y oprimieron temblorosas las sienas obligando al joven herido a abrir los párpados. Sus ojos se posaron fijos sobre el iris del soldado y, cuando no encontraron el brillo dorado de la mirada que tanto extrañaba, Jabari olvidó el temor.

—Re... za... reza... por mi... al... ma —fueron las últimas palabras que dijo el infante.

—¿A cuál de tus dioses? —preguntó el guerrero nubio sintiendo la triste emoción del soldado que dejó un postrer suspiro en el desierto indolente.

Jabari vio que los ojos del soldado egipcio perdieron el brillo. Por primera vez, contemplaba el verdadero rostro de la muerte; se compadeció del muchacho que había ido a pelear una guerra tira-

na; oró por él a los dioses del cielo, esos que conoció en la casa de Hanasi, y, con un paño que arrancó del carro, le cubrió la cabeza.

Por primera vez, Jabari pensó en la posibilidad de hallar a Hanasi en una batalla y se estremeció de pies a cabeza. Miró su espada sobre la arena y su lanza que aún mantenía suspendido al arquero muerto. Ambas le dijeron que estaban preparadas para entrar en la carne de cualquier otro guerrero.

Temiendo matar a Hanasi, el nubio decidió cargar sus armas solo contra los oficiales y soldados veteranos. Jamás las emplearía contra los jóvenes infantes. Se juró entrenar su mirada para distinguir, entre el polvo y la luz cegadora del sol, los rostros y los cuerpos de aquellos enemigos, como distinguió en su adolescencia la sombra furtiva de un chacal de aquella que proyectaba una hiena.

En la siguiente batalla, después de haber completado otra jornada sangrienta, Jabari sintió miedo. Sus pasos cansados se abrieron camino entre los cuerpos y, con el corazón ensombrecido, comenzó una tarea que no se había propuesto. Entre los jóvenes soldados, aquellos que no gozarían de un entierro digno y que tal vez quedarían sobre la arena sin más llanto que el de los carroñeros, buscó el rostro de Hanasi, sus ojos de atardecer, su perfil recto y la marca que tenía en el cuello.

Al no encontrar los nostálgicos signos, su corazón compasivo comenzó a tratar a todos los infantes del ejército enemigo con el respeto que tenía por cualquier humano. Dispuso los cuerpos en posición rígida, con los brazos tendidos a los costados; cubrió sus rostros con paños, capas o pañuelos; rezó a los dioses egipcios por ellos, y, en cada caso, comprobó que no era Hanasi al que estaba atendiendo.

Así nació una costumbre que los guerreros *medjay* y los soldados egipcios destacaron en Jabari: «El guerrero oscuro que tiene la fuerza de diez toros, la destreza de las panteras de los llanos, el brío de los leones y el corazón de los halcones divinos». Jabari era, al final de la jornada sangrienta, el rostro amable de la compasión que solo los dioses podrían mostrar por los hombres.

Ante una batalla, en el corazón de Jabari nacía la esperanza y se arraigaba el miedo. Cada cuerpo que cubría le permitía so-

ñar que, cuando la guerra fuera cosa del pasado, podría buscar a Hanasi en los campamentos del ejército egipcio y en las grandes ciudades de otros reinos, aunque ese viaje le durase la vida entera.

Jabari pasó muchas jornadas luchando por los reyes que quisieron enfrentar el poderío de los descendientes del dios Horus<sup>7</sup>, buscando entre los muertos aquella mirada de sol, rezando por hombres que no conocía y guardando, tras cada encuentro, el deseo de volver a ver a Hanasi.

Después de diez años repitiendo su particular ritual, Jabari se halla sentado sobre una extensa mancha de sangre: dormita, recuerda, sonrío, se apena, y el gigantesco hueco que tiene en el corazón duele más que esa flecha que inflama su pulmón derecho. No escucha la voz de Sudi; tal vez otra flecha le cegó los ojos, quizá una espada sobre su pecho le impide llegar a él.

Demasiadas jornadas, muchos soldados y guerreros perdidos, el dolor de no tener ninguna información de Hanasi, de no saber en qué batallón lucha, si vive todavía o si ya está muerto.

El incansable Jabari que empuñó la espada en cientos de batallas, que dejó sobre la arena miles de cuerpos, que buscó entre los cadáveres los ojos de su dulce amante siente que ya es hora de dejar atrás las armas.

Sus adoloridos brazos le piden un alto, su garganta le grita que pare, sus muslos de piedra se rebelan contra su voluntad, sus párpados mustios anhelan el sueño y la cabeza se inclina exigiendo paz. Pero el corazón se aferra de nuevo a la esperanza: tal vez mañana, tal vez en diez días, tal vez en la próxima batalla encontrará a aquel que tocó su alma cuando todavía no era un mercenario, cuando no imaginaba cambiar sus sueños adolescentes por sangrientos días.

Jabari llena sus pulmones con el poco aire que puede ingresar en ellos; el cansancio gana este combate, cierra los párpados en un intento por recuperar la voluntad perdida hasta que siente el aro-

---

7 Dios solar egipcio vinculado a la realeza que tutelaba a los monarcas. Tiene la forma de un hombre con cabeza de halcón y es considerado el dios del cielo.

ma fresco a gotas de río, a lotos de estanques, a juncos estrujados, a amanecer bajo un sicomoro y a felicidad.

Aspira, sonríe, abre los párpados con dificultad, observa en medio de las sombras y las luces del atardecer los ojos dorados que estaba buscando, y una mano conocida se extiende en su ayuda.

—Por fin te encontré —le dice Hanasi. Sin mucho esfuerzo, lo ayuda a ponerse en pie—. Ven conmigo, Jabari, nuestra guerra ha terminado.

Hanasi ya no es el jovencito dulce que dormía sobre su pecho, los años y las espadas también dejaron huellas en su piel. Mas su voz sigue siendo tan clara como el río en estío, su sonrisa sigue llenando de alegría el desierto y su aroma le estremece la piel.

El gigante de ébano se apoya sobre el hombro del guerrero egipcio, sus pies cansados vuelven a dejar profundas huellas en la arena, pero, junto a ellos, ahora ve los firmes pasos de aquel a quien tanto buscó.

Jabari y Hanasi se alejan en dirección al oeste, donde todos llegarán un día para que los dioses pesen sus corazones. Sin preguntas y sin llanto, con la emoción en los labios y los ojos refulgiendo de felicidad.

Aquellos chiquillos que construyeron una profunda amistad, que fueron expertos cazadores, que se amaron a las orillas del Nilo, que se convirtieron en soldados y en ocasionales enemigos que se buscaron entre montañas rocosas y desiertos incandescentes, entre quejidos mortales y gritos de gloria, hoy caminan juntos hacia reinos lejanos, pasan delante de espadas que todavía chocan y de guerreros que luchan por sus vidas, nadie los distingue ni se detiene ante ellos. Solo los ojos de un herido Sudi los ve disiparse entre los colores rojos del atardecer y el fino polvillo que levanta el viento.





[contacto@taikaeditorial.com](mailto:contacto@taikaeditorial.com)